

Tu novio el sonámbulo

Una noche, tu novio se levanta en sueños a la cocina y vuelve a la cama con un puñado de M&M's. Te despiertas con manchurroneos corridos de chocolate en las sábanas. Y te enfadas, porque son tus mejores sábanas. Tu novio dice que te comprará otras con un recuento de hilos similarmente alto. Eso te hace sentir mejor. Tiene su encanto, a fin de cuentas, que tu novio coma M&M's dormido.

Cada mañana te levantas con un objeto nuevo. Una piña de pino. Un globo de nieve. Un ganso de plástico para el jardín.

La quinta noche, algo cálido y suave te hace cosquillas en las pantorrillas. En tu desorientado sueño, crees que es el gato negro que tenías de pequeña. Se llamaba Medianoche y le gustaba meterse en la cama. Levantas la sábana para acariciar a Medianoche, pero esa masa peluda resulta ser el mapache que has visto escarbando en los cubos del patio de basuras. El mapache te muerde el dedo y luego se cuela corriendo en el armario.

Mientras esperas en urgencias a que te pongan la vacuna del tétanos, tu novio accede a ir a una clínica del sueño.

La clínica tiene las paredes azules y suena un piano en el hilo musical. El doctor es un hombrecillo nervioso con el pelo blanco y los ojos grandes y lagrimosos. Le hace a tu novio preguntas muy concretas sobre su sonambulismo, una palabra elegante que significa hacer mierdas raras dormido. Le receta a tu novio unos medicamentos para que tenga un sueño más profundo. En el coche, a la vuelta, vais los dos animados. Esperas que los medicamentos lo arreglen todo.

A la mañana siguiente, el doctor de la clínica del sueño está acurrucado en la cama entre tu novio y tú. El doctor está atado y amordazado, y sus ojos azules y acuosos te miran parpadeando. Tu novio debe de haber caminado dormido hasta el coche, conducido dormido hasta la casa del doctor y secuestrado dormido al hombre. Y cabe suponer que antes tuvo que buscar dormido la dirección.

Tu novio deja que lo esposes al marco de la cama, pero acaba abriendo la cerradura usando un clip de papel como gancha, igual que Linda Hamilton en *Terminator 2: el juicio final*. La séptima mañana, te despiertas con un microondas nuevo. Descubres, por el ticket que lleva pegado con celo a un lado, que tu novio ha conducido dormido a un Walmart abierto las veinticuatro horas y ha escogido dormido el modelo de microondas que mejor responde a tus necesidades. Estás alterada, pero también contenta de disponer de una forma fácil de calentar las sobras.

La octava mañana, te despiertas abrazada a una famosa urna del Museo de Arte Asiático. Has visto fotos de esa urna en los laterales de los autobuses. Te preocupan las responsabilidades penales que se puedan derivar de robar dormido un museo, de manera que le sugieres a tu novio que se quede en su apartamento diminuto y sin ventanas hasta que se calme su sonambulismo. Tu novio confiesa que lleva un tiempo alquilándolo en Airbnb, porque de todos modos siempre está en tu casa. Ahora mismo hay alojada una pareja alemana de mediana edad. Y otras parejas europeas lo tienen reservado hasta finales de julio.

La novena mañana, la cama amanece vacía. Tu novio y tú lo celebráis calentando miniquiches congeladas en el microondas nuevo. Pero cuando haces la cama, descubres, enredada entre las sábanas, una cubozoa altamente venenosa, autóctona de las aguas tropicales del Indo-Pacífico. Tu novio se pone unos

guantes de goma amarilla, coge la medusa muerta y la echa al triturador de basuras.

La décima mañana, te despiertas con los codazos frenéticos de tu tía abuela Renetta. Llevas quince años sin verla. Está disgustada y desorientada. La llevas a comer dim sum, le enseñas la ciudad y luego le compras un billete de avión de vuelta a Pensilvania.

Tu novio se acuerda por fin de pasar por Walgreens a recoger lo que le recetó el doctor, pero las medicinas solo consiguen que sus adquisiciones nocturnas sean aún más extrañas. La caja negra de un avión, abollada y corroída por el agua de mar. El top de tiras plateadas que llevó la modelo Gisele Bündchen en el revolucionario desfile de primavera de 1998 de Alexander McQueen. Tres pasaportes de estadounidenses nacidos el 18 de agosto de 1973.

La decimocuarta mañana, te despiertas con un agujero de gusano retorciéndose en el centro del colchón. Sabe Dios dónde ha conseguido dormido tu novio una estructura hipotética del espacio-tiempo, pero ahí está, con un vórtice púrpura y agitado del diámetro aproximadamente de una pelota de baloncesto. Sales de la cama, con cuidado de no rozar el borde iridiscente del agujero de gusano.

Tu novio y tú dedicáis el resto del día a sellar herméticamente la cama y su agujero de gusano en una caja de madera. En la construcción de la caja, se os caen herramientas y tablores de madera al agujero de gusano. Imaginas que esos objetos aparecen de la nada en un universo paralelo y resultan ser de utilidad para versiones paralelas de vosotros mismos. Imaginas que tu yo paralelo es como tú, pero mejor. Seguro que prepara repostería sin gluten que sabe igual que la de verdad. Seguro que se hace ella misma los vestidos y tiene una colección de discos para morir.

Te planteas saltar al agujero de gusano y aparecer en un universo en el que tu novio no traiga cosas terroríficas a la cama mientras duerme. Pero ese novio paralelo podría tener otro defecto todavía más fastidioso, como roncar, así que de momento te quedas donde estás, en un saco en el suelo, esperando que tu novio venga dormido con otro objeto que te hará estremecer ante el misterio arcano de tu propia existencia.